

nudo y temeroso de «Pepe Palitos;» al paso que las zambullidas quejumbrosas de «Luis Catorce» en cada zambueo que le daba Chencho, poblaban la orilla de lamentos y gritos de auxilio que sólo acogía el eco en la concavidad de los barrancos.

Después del baño, sentados debajo de un árbol, con las cabezas húmedas, destocadas para que se las secara la brisa, y los ojos encendidos por el mucho tiempo que estuvieron dentro del agua, Chencho le pidió menuda cuenta del cambio de vida que se operaría en Nicho, y «Pajarito» se la dió detallada, completa, sin ocultarle sus cavilaciones y sus temores antes de resolverse á tomar oficio; él hubiera querido seguir en la escuela; acompañarse con sus camaradas en los días de asueto, para irse de huelga por aquellas andurriales que tanto le placían; pero ya contaba sus doce años bien cumplidos, durante los cuales su buena madre le había criado y puesto en camino de ganar-

se el sustento con el sudor de su frente, y era justo que él comenzara por meter algún dinero á la casa, aunque le tirara por la vagancia con sus compañeros de juegos y de parrandas.

Chencho sintió la resolución de «Pajarito,» no porque lo quisiera perezoso y holgazán, sino porque estaría lejos de su lado y extrañaría mucho su compañía; por lo demás, le llenaba de satisfacción que en el pecho del amigo de su infancia germinaran, con promesas de cobrar hondas raíces, aquellas ideas de trabajo y de honradez en edad tan temprana, y aún se reprochaba, con su natural rustiqueza, que él, el Chencho goloso, el Chencho vagabundo, el Chencho poltrón, no tomara ejemplo de semejante conducta y dejara el holgorio y la pereza para buscarse trabajo y entrar por la puerta de la buena senda. . . . Mas no pasaron de ser buenos deseos los pensamientos del Chencho; pues siguió aferrado á su vida de pasatiempo, con marcadas ten-

dencias de llegar á un desastroso y lamentable fin.

En cambio, «Pajarito» entró al oficio. Nunca olvidó la primera mañana que de carrera sorbió el caliente desayuno para irse al trabajo cotidiano, á paso ligero, al toque de las seis, con los ojos pitañosos y la boca en bostezo, y llegar tan á punto que ya el maestro Guadalupe lo esperaba.

Los peones más candongueros lo recibieron con risas y chanzonetas; unos, en repetida vaya, se burlaban de su cuerpo delgaducho y de su ropa ligera; otros sacaban risa con ver su extremada timidez; el padrino Guadalupe miraba de reojo todo aquello, y decía para sus adentros:

«Por ahí hemoj pasáo tóos!»

«¡Anda, muchacho!» «¡A traer agua! . . .» «¡Venga ese bollo! . . .» «¡Ese bollo á la tina! . . .» «¡Muchacho, mezcla aquí! . . .» «¡A llenar esa batea!* . . .» «¡Venga! . . .» «¡A ver esa cuchara! . . .»

Que la escalera, que la plomada, que la macería, que el ripio, que la liara,* que la cal. . . . Y «Pajarito» no acababa de hacer una cosa, cuando ya le mandaban otra; y ora con el rimero de bollos al hombro, tomado del pillote,* ora subiéndole temeroso la escalera con la batea de mezcla en la cabeza, agarrado con una mano del larguero y con el pie tanteando los peldaños; cuando batiendo la mezcla con el largo rodo; cuando desafilando el montón de bollos entresacando los del cascote, siempre estaba atareado, sudoroso, sediento. . . .

«¡No bebaj agua, animal!» —le gritó el maestro á tiempo que «Pajarito» con la lengua seca iba á tragarse una liara de agua.

—«¿Qué bebo?» —preguntó anhelante.
—«¡Pué de ejto!» —dijo don Guadalupe alargando una botella.

«Pajarito» le dió un fuerté trago á la tina,* el primer buche le resquemó el gargante por la fuerza del aguardiente;

pero luego sintió las glándulas salivales frescas y se le acabó la sed que le traía sofocado.

Y volvía á oírse: «muchacho para esto to,» «muchachó para lo otro,» y «Pajarito» corría que volaba á cada llamamiento.

Dieron las seis de la tarde y se acabó la tarea.

«¡A casita tóo el mundo!» — dijo el maestro. Esta fué la orden que dispersó á la manada de peones y de oficiales.

«¡Tú, muchacho, á guardar tóa la herramienta!» — ordenó Don Guadalupe.

Y el ahijado fué poniendo en un rincón — cercado por viejas y encaladas tablas que sirvieron de andamios — las bateas, la plomada, las cucharas, las barretas, el cepillo, el nivel, etc., etc.

«¡Eh, eh, muchachol! . . . ¡Toito esto muy limpio! . . . ¡A sacarlo pa dejarlo pío que nuevo!»

«Pajarito,» muy corrido, sacó todos los trebejos en un tris y se puso á lim-

piarlos; á las bateas le quitó los restos de mezcla que tenían, con el raspar continuado de la cuchara que producía un ríspido sonido; lavó, después de quitada la mezcla, la paleta, las reglas, el enlucidor y la escuadra, y por final, dejó terminadas y brillantes como espejo las cucharas, las llanas y la raedera.

«¡Ora sí puées tomar viento frejeo, y mañana aquí muy temprano!»

«Pajarito» salió rumbo á su casa contrariado por el percance de las herramientas; pero consolándose al pensar que todos los otros peones habían de haber pasado por el mismo lance, en tanto el maestro Guadalupe murmuraba: «Ai que mantenérsela muy tiesa con muchacho de su querencia, porque si se anda uno con arrumacoj, pierden el respeto al maestro y tóo se le güelve retozar y meter ruido con la cuchara. . . . Además, aquí en el trabajo no é mi ahijáo, sino pión como otro cuaiquiera. . . . La ley debe ser pa- teja pa tóos. . . . ó tóos hijos, ó tóos en-

tenaos. . . . Y por ejto no se ha de enojarme mi comadrita. . . . Y si se enfáa. . . . piépa ella. . . . porque no me güelvo á ocupar má del ahijáo. . . . y asina saldrá. . . .

A los pocos días de la que parecía una galona tarea (que era la de remojar bollos en la tina y batir mezcla con el rodado), sintió comezón en las manos y en los pies; tenía picados los dedos de las manos y quemados de cal los pies; al ver el maestro que andaba «Pajarito» patojado andadura y soplándose los dedos para mitigar el ardor, se soltó á reir de su inocencia y llamándolo aparte, le dijo:

«Ven acá, güena pieza! . . . Que no vean eso diablos con tanto visaje por que se van á rír muncho. . . . Con este empujido plajto pa mañana ejtás güeno!» — Y untó sebo con quién sabe que otra cosa todas las quemaduras y grietas de la cabeza al pobrecillo de «Pajarito,» que no lloraba por parecer hombre de valor y resistencia en tan extremados ardores.

Había pasado por todos los altibajos

de los peones: aquí acarrear y más acarrear bollos por escaleras arriba; allá formar montículos de arena y cal en forma cónica, abrirles en el medio un hueco y echar por él agua y agua que espumaba y lanzaba humo como si un volcán minúsculo hiciera erupción; acullá meter y sacar bollos de la honda tina que, á las pocas burbujas que gorgoriteaba, se sacaba por la absorción de los poros del barro cocido, y había que volver á llevarla de agua traída del río, si la obra se hacía cerca de la ribera, ó del pozo de la casa inmediata, si dentro de poblado;

depende batir la mezcla con fuertes saavedidas del rodó hasta dejarla bien bueñida, sin hacerle ascos á los rayos del sol ni prestarle oídos á las burlas de los muchachos; allende trasportar cal de la canoa con un saco de cáñamo en la cabeza, á guisa de capucha, que le resguardaba el rostro para evitar que le cayera el polvo de la cal en los ojos; y á todas horas y en todas ocasiones era un zarandillo por

el ir y venir, el volver y revolver entre andamios, barriles, cascajos, bollos, pella da, cascotes y caliza, ensordecido por el tintín del filo de la cuchara sobre el canto del bollo para sacar medios y cuarterones; el sonido seco del mango de la propia cuchara al ajustar los ladrillos en la fábrica y recoger después la rebaba que escupía por las juntas el muro, y el vocerío y algazara de los oficiales y de los peones que, á gritos y chillidos, se entendían en sus duras y largas tareas y correr y dejar á medias la comenzada faena cuando, lejos del maestro, escuchaba el repiqueteo de la llana en la liara pidiendo agua, ó el raspar de la cuchara contra el fondo y el borde de la batea en demanda de mezcla.

Pasó, sufrido, ese viacrucis del aprendizaje, endurecido de las manos y encallecido de los pies, para llegar á oficial y quedar apartado—entre otras labores—del trastejar, que le ponía en peligro de estúpida caída, por lo acomejonado

del caballete, de donde deslizaba por las parihuelas las tejas, que otro peón colocaba en rimeros y escalenillas.

Ahora le tocaba el turno de decirles con zumba á los peones retrasados y follones: «¡No se aplomen!»... «¡Qué temprano vienes; parece que has comido tallarines con tenedores, cuando te atipujas con los cinco mandamientos!»* Como había usado de unos y de otras, conocía todos los pretextos y las excusas para quedarse zangandungo: «Qué fulano anda tomando agua.» «Qué mengano anda haciendo del cuerpo.»

Pero lo que más le satisfacía—aparte de que no dejaba de satisfacerle azuzar á los peones y no dejarlos ni á sol ni á sombra—era el llevar á su casa la raya sin menoscabo, para que la recibiera íntegra, al fin de la semana, la Señora Mónica.

La primera vez que ganó el diario de oficial no dijo nada á su madre, sino esperó pacientemente el sábado para

cobrar la raya; y cuando tal día llegó, le corría por todo el cuerpo un cosquilleo, una desazón, que le impulsaba á reír, á cantar, á abrazar al primero que se le pusiera delante; le venían arranques de cometer mil locuras para significar con ellas á todo el mundo que ya era oficial, que ya tenía para mantener su casa, que ya no era mísero aprendiz; pero se refrenaba y dejaba quedamente hacer y deshacer dentro de la cabeza el enjambre de cosas que duellían y rebotaban en la mollera, y con disimulada impaciencia aguardó su turno á la hora de distribuir los jornales.

El máistro Gualupe se caló los viejos espejuelos, que estaban escomiéndose por el uso diario y frecuente; metió mano á uno de los profundos y abastecidos bolsillos del bombacho pantalón; sacó por delante la vara de medir; después el hilo y la plomada; en seguida una descomunal navaja de cachá de piel que imitaba una pata de venado, y por último, dió

con un montón de papeles, mugrientos y sobados por el tranqueteo á que estaban hechos dentro de los bolsillos del pantalón; y tras de los papeles salió un lápiz, romo de punta y tan mezquino de tamaño, que se perdía de vista entre las yemas de los nudosos dedos del maestro albañil; todo esto, según iba saliendo, lo ponía en la tabla empolvada de cal y de ladrillo, que descansaba sobre de dos barriles y que ahora servía muy cómodamente de mesa; hizo sus cuentas en un dos por tres, y á continuación sacó de los ya célebres bolsillos, arrebañando todo lo que en ellos quedaba, pesos, tostones, pesetas y reales, y los colocó, en porciones separadas, unos sobre de otros, según la clase de cada moneda; volvió al montón de papeles; separó la lista, acercóla á los espejuelos y comenzó á llamar á los oficiales:

«¡El Pato! . . . mezclero* . . . Pidió doj días y uno que llovió. . . . tré días caba-

les. . . . Alcanza tré peso y seí riale. . . .
 ¡Toma!»
 «¡Jolóte!» . . . semana entera! . . . me-
 nos el día de lluvia. . . . siete y medio
 duro. . . . «Al avío!»*

Y así siguió hasta llegar á «Pajarito»
 «¡Tú, ahijáo!» . . . de un hilo. . . . cinco
 días. . . . siete con cuatro riale . . . «¡Vien-
 to frejco!»

Le tocó su vez á los peones y á los me-
 dias cucharas. . . .
 «A ver, en fila, y náa de boruca ni de
 meter trácala!»

«Pepellote» . . . un cuarto y dos ter-
 cios* . . .

«No, máistro, si yo vine tóos loj días. . .

«Mentira,» — saltó «Pichichi,» — que ha-
 faltáo mucho por dirse por ái con el «Sa-
 po» . . .

«Tú ere un chismoso, sinvergüen-
 zo» . . .

«Y tú un jijo de la sirena» . . .

«Salta pa juerita y verá si te pongu
 choroto* á cocotazos* . . .»

«¡Eh, eh!, . . . Se callan con doj mil de-
 moños ó cojo una tranca y le quiebro
 una pata á cualisquiera de ejtos rezon-
 gones y averiguadores. . . .»

«Lo que vale é lo que tengo apuntáo
 aquí en el papel. . . . que yo no me equi-
 voco nunca! . . . «Lo oyen, jijos de la ta-
 rántula!»

Y el maestro se acogía á su lista, y á
 cada disputa de los rapaces los echaba
 con cajas destempladas, les mentaba la
 madre y les decía picardías para hacerlos
 entrar en razón y en silencio. . . .

«Pepellote» y «Pichichi» se abofetea-
 ron cuando se vieron libres de las amena-
 zas de Don Guadalupe; los otros cogieron
 trote para sus casas con unas cuantas pe-
 setas entre las mógrosas manos. «Paja-
 rito» contaba las monedas haciéndolas
 sonar en la palma de la mano; probaba
 su peso y miraba su brillo, sin pararse á
 considerar de adónde venían tales mo-
 nedas, ni en donde anduvieron; que el di-
 nero tiene tal carta de ciudadanía que

pasa por todas las fronteras, penetra en todas las puertas; lo mismo va al abollado casco de Belisario, pidiendo limosna al borde de los caminos, que á las manos poderosas del magnate.

Quizás ese peso, gastado ahora por el incesante tráfico y la larga derrota, al salir del cuño, flamante y reluciente, sirvió para comprar la castidad de alguna doncella; y esa otra peseta, borrado el escudo y gastado el troquel, es el jornal del obrero puesto, en un momento de ofuscación ó de codicia, en el tapete verde; en el dinero no hay monedas limpias ni monedas sucias, sólo se rechazan las monedas falsas; no existe cordón sanitario que fumigue las monedas que vengan de manos de un varioloso, ni las que se desprenden de la calenturienta diestra de un tísico; la salubridad pública no se preocupa con los microbios del dinero, y así andan circulando en andrajosos papeles, —sacados tal vez de debajo del colchón de alguna meretriz, ó de la bisunta cartera

dealgún avaro—billetes de banco que valen una fortuna y que han recorrido toda una escala de especulaciones, de mentiras, de engaños, de estafas, de chanchullos, de añagazas y trapacerías; pero queda el dinero santo; el dinero que se ha purificado en el Jordán del trabajo; el dinero que honra y enaltece; el dinero que se ha ganado con el sudor de la frente y se ha santificado con el baño de muchas lágrimas: de este bendito dinero era el que llevaba «Pajarito» en las callosas manos; por ello lo acariciaba; por ello lo bendecía; por ello se le iba la escoria que trajera al solo contacto de su cuerpo, que no hay dinero que tenga más alto y preciado valor que el que se gana duramente en el tráfigo diario de la lucha por la vida!

¿Qué sorpresa la que recibiría la madre al ver el primer jornal abundante y entero!

Algunos compañeros se acercaron á «Pajarito» á pedirle la noche.* ¿Qué va-

lía una copa? ¡Nada! Pues á beberla allí en la esquina, de pie ante el mostrador para evitarse ronda tras ronda y nuevos convidados. . . . «Pajarito» estuvo á pique de ceder; pero se afirmó en su primitivo propósito de entregarle íntegra la raya á la Señora Mónica, y cerró los oídos á las insinuaciones y se armó de fuerza de voluntad contra las tentativas; firmeza que le valió la burla de los camaradas que le llamaban tacaño y mal amigo. . . .

En el camino le asaltó otra idea. . . . ¿Compraría aquella banda roja, de bordadas puntas y de tupido fleco, que colgada de la cornisa de la tienda de ropa le había seducido hacia tres semanas? . . . Y estuvo á dos dedos de entrar á la tienda y pedir con garbo la banda; pagarla á toca teja sobre el mostrador, con la satisfacción de quien sabe lo que se gasta, y estrenarla el domingo próximo, para que se la vieran las muchachas á la salida de la misa y la desearan y la celebraran otros mozos de su camada. . . .

Pero humilló la vanidad de un momento y siguió camino de su casa, manoseando las monedas que le pesaban y le sonaban alegres en los bolsillos del zurcido y encalado pantalón. . . .

«Toma, máma, ahí tienes mi jornal de esta semana!»

Y con ademán pródigo dejó caer sobre la mesa el chorro de monedas que al golpe brusco, rebotaron y campearon probando con tal tintineo su buena y subida ley. . . .

Acostumbrada la madre á percibir semana con semana los consabidos y mezquinos catorce reales, le parecieron un tesoro aquellos siete pesos y medio. . . .

«Y esto haj ganáo ora?»

—«¡Sí, mamita, ya soy oficial!» — dijo con arrogancia que lo resarcía de las humillaciones del miserable y escaso jornal. . . .

La Doña Mónica bendijo á Dios desde lo más recóndito de su alma y miró á su hijo, ya no con la lástima y el dolor que

lo mirara antes, cuando tornaba los sábados, todo quebrantado y molido, con la miserable raya bien apañada en el nudo del pañuelo, sino que ahora lo admiraba con respeto y lo contemplaba con cariño.

El nuevo y aumentado jornal traería días mejores para la pobre lavandera; abandonaría la plancha, que le iba tostando los pulmones, y la batea, que le punzaba las espaldas y le agarrotaba y entumecía los dedos, cabezones, despeñados, casi sin uñas, por el mucho estar en el agua, y refregar y desgotar la ropa; veía próximo el descanso que se presentaba en los precisos momentos que lo necesitaba; pues presentía, por los agudos dolores de la espalda, por la tos seca que le ahuyentaba el sueño y los calambres con que se le engarabataban los dedos, que la enfermedad la postraría pronto en la cama.

Al día siguiente, muy de mañana, se fué Doña Mónica á la plaza del mercado

se compró un banqueté en verduras, lechumbres, aróbalos, canates y carne para ella, con su indispensable «tuétano». Quería regalar al hijo querido con un abundante y bien acondicionado almuerzo.

De regreso, aprovechó la receta culinaria de la vecina—que era cocinera de almirez y diccionario—para rellenar el aróbalos y presentarlo en guiso muy desusado en las comidas de «Pajarito»; hizo una ensalada de la fresca y rozagante lechuga, para aditamento del pescado; aderezó la olla con un buen pedazo de longaniza que la pondría sustanciosa y bien sazonada; asó en las brazas el gordo canate que chorreaba manteca, y en una tortilla grande y gorda, trastornaría el tuétano, en lugar y caso oportuno, á modo de que encajara de rico entremés, con el refinado tacto de gastrónomo, entre el pescado y la olla.

«Pajarito,» al ver la mesa tan de perlas dispuesta por el blanco mantel, el

oloreillo de los guisados y el incitante humear de los platos, le dió en las narices el festín de Baltasar; y para cumplimentar el esmerado servicio, corrió á la tienda del barrio; se compró una media botella de vino clarete, encabezado con aguardiente para hacer la travesía desde España, y bautizado con agua por el abacero, para doblar la ganancia sin andarse con cálculos y previsiones comerciales.

Después de la comida, «Pajarito» se reprobó su mal consejo de querer comprar la banda de seda; se sintió complacido y satisfecho del regalo culinario de la lavandera, y, lo que es más, pudo decir con boca llena y corazón contento que ya comía por el sudor de su frente...



XIII

VINERON días mejores para la buena de la señora Mónica; á «Pajarito» le faltaban manos en eso de pegar bostros, levantar muros y enlucir paredes; y como era ligero y listo en su oficio de albañil, hacía en un santiamén lo que otros llevaban á término en lo largo de una semana; esta agilidad de manos y esta eficacia de su persona, le traían más y mayores obras, con lo que siempre tenía seguro y abundante jornal.

Lo copioso del trabajo de «Pajarito» llevó el descanso á la lavandera en el momento en que más lo necesitaba; en tal descanso no cupo el ocio prolongado, ni la pecaminosa poltronería, ni la regalada holgura, que mujeres de la entraña de